

Una combinación
perfecta de
filtro y buen sabor



KENT

El cigarrillo de alta
filtración de más venta
en América



KENT
CIGARETTES

NEW
EXCLUSIVE MICRONITE FILTER

Kent, con el filtro
MICRONITE, le
ofrece la mejor
combinación de
acción filtrante y sabor
que satisface.
Por eso, Kent es
la selección de
millones de fumadores
en el mundo.

PARA LA MEJOR COMBINACION DE FILTRO Y BUEN SABOR

KENT

satisface mejor

UN PRODUCTO DE P. LORILLARD COMPANY • SUPREMACIA EN CIGARRILLOS DE CALIDAD
GRACIAS A LAS INVESTIGACIONES CIENTIFICAS DE LORILLARD

ADMART INTERNACIONAL, S.A.E.

PANORAMA INTERNACIONAL

TENIDA por el rico anecdótico del «episodio Chombé» la conferencia de «naciones no alineadas» de El Cairo ha venido a terminar el domingo pasado con un comunicado largo del que los analistas devanarán sin duda un largo número de consecuencias posibles pero que en realidad es una sucesión de temas conocidos y antiguos y representa la omisión de los problemas candentes del mundo, de los que los llamados neutralistas quisieron, un día, ser árbitros. Se puede encontrar en este grupo tan amplio y tan prometedor de naciones una crisis ideológica semejante, en mucho, a la que atraviesan los otros grandes bloques del mundo. El paisaje de fondo de nuestras civilizaciones políticas es un paisaje atómico y amenazador, y este fondo está privando de sentido a todos los conceptos válidos hasta ahora. Se puede hablar de la dificultad de ser «capitalista» o «imperialista» en nuestra época, hasta el

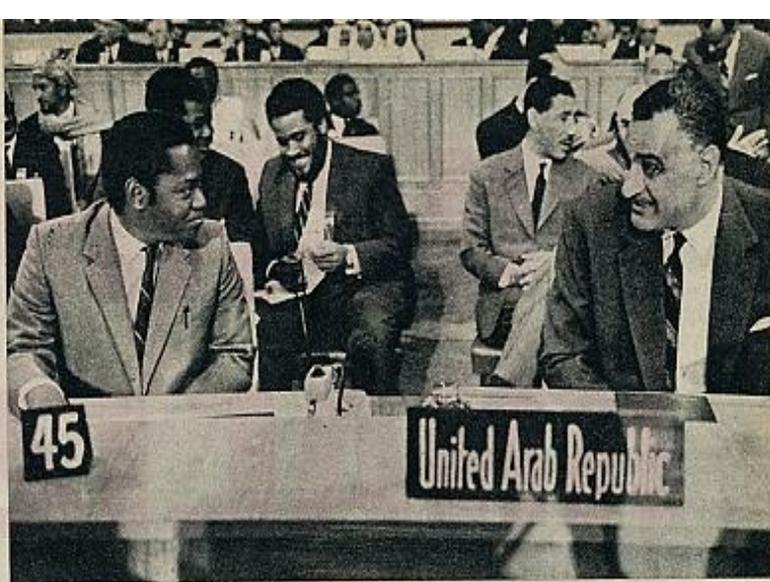
LA DIFICUL

punto de que estos dos términos que hasta hace poco eran perfectamente válidos, y hasta tuvieron sus poetas, aparecen hoy como vocablos peyorativos para un noventa por ciento de la población mundial. Puede hablarse de la dificultad de ser comunista y hasta de la estupefacción de muchos militantes «duros» que se encuentran hoy requeridos por ideologías dispares y atraídos por matices que han pasado a ser disensiones graves.

Después de la Conferencia de El Cairo puede hablarse también de la dificultad de ser neutral. El ideal de neutralidad fue grande y admirable cuando lo lanzó, con otros, Nehru, neutralista y pacifista. El mismo Pandit advirtió lo difícil de su posición ideológica en dos expediciones militares de su país: la una contra Goa y la otra en las fronteras de China, sin hablar de sus continuos pleitos fronterizos con Pakistán. Ahora mismo, en esta semana neutralista cairota, Shastri, sucesor de Nehru, no ha tenido más remedio que hacer exposición de sus dificultades con China —lo cual le ha sido automáticamente reprochado desde Pekín— y que depositar una bomba política: la petición de que una comisión de «neutrales» vaya a China para solicitar la suspensión de la supuesta prueba nuclear que preparan los chinos. No hay trazas de esta gestión en el comunicado final, donde, en cambio, aparece la idea del envío de una misión neutralista a las Naciones Unidas para pedir el ingreso de China como miembro de derecho. Esta misma solución —o, mejor, irresolución— habla largamente de las dificultades de ser neutral. Es cierto que los países reunidos han condenado una vez más el rearme y las pruebas atómicas; es cierto también que difícilmente pueden dirigirse a China para acusarla de algo que no ha sido anunciado ni confirmado por ella, sino por el secretario de Estado americano, Dean Rusk, y por numerosos artículos de periódico. Entre los rumores que circulan por el mundo uno asegura que China realmente habría anunciado su próxima explosión atómica a «ciertos gobiernos amigos, especialmente países afroasiáticos», y que precisamente esta gestión ha valido en El Cairo para que la propuesta de Shastri no prevalezca. Las fuentes de información americanas siguen insistiendo en que la explosión es inminente: la última información en ese sentido es la del almirante Ulysses Grant Sharp, comandante-jefe de las fuerzas americanas en el Pacífico, según el cual la explosión atómica china puede producirse «en cualquier momento». Parece, sin embargo, que la mayor parte de los científicos niegan el

anuncio hecho por el «New York Times» diciendo que la primera explosión atómica china sería ya de las llamadas «de hidrógeno», y coinciden en que, si se produce, será puramente rudimentaria. Doy estas informaciones con toda reserva, y casi más que nada por vicio de informar: el tema es oscuro y hay tantos intereses cruzados en torno a él que es difícil encontrar la verdad. Operando exclusivamente con la lógica puede decirse que nada se opone a que los chinos vayan a llegar o hayan llegado ya a un estudio científico e industrial que les permita experimentar una maquinaria atómica y que la única oposición de la lógica a esta idea es la de considerar que si estuvieran a disposición de producir tal explosión la habrían creado ya, teniendo en cuenta la enorme posición propagandística favorable que obtendrían. Claro que esta idea no es válida más que durante el momento en que se escribe: unos instantes más tarde, una explosión en el desierto de Gobi —donde, según los autores de «ciencia ficción», hubo ya una explosión atómica provocada en tiempos anteriores a la prehistoria y de los cuales, por consiguiente, no guarda memoria nuestra civilización— puede destruir esta lógica provisional.

La conferencia de neutrales no ha conseguido finalmente ponerse de acuerdo en una definición del neutralismo, que sería una definición



El comunicado final de la conferencia de países «no alineados» de El Cairo, representa la formulación de los problemas candentes del mundo. Después de esta reunión puede hablarse de la dificultad de ser neutral.

TAD DE SER NEUTRAL

urgente. Si para unos países se basa en la descolonización —por ejemplo para Indonesia, preocupada por la presencia británica en Malasia, pero cuyo neutralismo está indudablemente teñido por la proximidad de Pekín—, para otros el problema está en el desarme nuclear —como para la India, y por las razones antepuestas—. Los mismos países reunidos ofrecen muchos problemas entre sí, de forma que si trataban de ofrecer un «neutralismo externo», con respecto al resto del mundo, no podían presentar un «neutralismo interno», es decir, aplicado a sus propios conflictos mutuos.

Ocurre que los niños son inocentes hasta que entran en la edad adulta, hasta que se meten de lleno en la vida; y que los países nuevos pueden ser neutrales en sus primeros momentos, pero que después el viento de la historia les lleva fatalmente a compromisos y por lo tanto a conflictos. Y en nuestro tiempo la historia sopla a una enorme velocidad su viento de cambios, y las ideologías no duran apenas más que el tiempo de ser expuestas.

Mucho más maduro ha sido el neutralismo que De Gaulle ha ido a vender a los pueblos hispanoamericanos, mucho más elaborado y menos impulsivo: y sin embargo, no puede decirse que hasta ahora haya tenido un gran éxito. Probablemente la siembra de De Gaulle necesitará más tiempo, y la presencia de algunos acontecimientos, para fructificar en alguno de los puntos que ha tocado en su largo viaje. Creo haber explicado el problema «a priori»: que los Estados americanos están dirigidos hoy por unas clases minoritarias, y que esas clases minoritarias no encuentran ningún motivo para sustituir el apoyo real que le prestan los Estados Unidos por el apoyo un poco literario que ofrece De Gaulle. El problema nacionalista y revolucionario de los países de Hispanoamérica, no está planteado en las clases dirigentes, que son las únicas a las que se ha podido dirigir De Gaulle. Sin embargo, su presencia y sus discursos han ido a fortalecer muchas oposiciones, incluso las más inesperadas —la peronista argentina, por ejemplo— de manera que los resultados planteados por este viaje se producirán también de forma insólita y a la larga, de modo no previsto siquiera por De Gaulle. Es posible que no haya que esperar mucho tiempo para que pueda verse algo en este sentido. En general, parece ser que los gobiernos hispanoamericanos se han quedado más molestos que halagados por la visita del extraño general. Aunque ésta sacará buen provecho de su viaje en la política interior, y en las elecciones de 1965. La «grandeur» es una mercancía admirablemente cotizada en Francia,

y De Gaulle ha sido el gran maestro de este juego. Pero su exportación de neutralismo no ha conseguido vencer las dos grandes fuerzas en presencia en aquel continente: la atracción por los Estados Unidos de una parte y la atracción por las revoluciones de otra.

En realidad una forma de neutralismo a gran escala es la que se practicó en el mundo en el momento en que hubo la conjunción astrológica de tres grandes personajes —Juan XXIII, Kennedy y Krutchev, movidos cada uno de ellos, naturalmente, por distintos objetivos— y que tendía a la mayor integración posible con el mínimo de riesgos. Esta operación no ha sido suspendida, aunque lo parezca, y sin duda será urgentemente reforzada a partir del momento en que Johnson gane las elecciones de los Estados Unidos —como en estos momentos parece seguro—.

Queda el episodio Chombé. Para los periódicos ha sido evidentemente un regalo. Difícilmente puede darse historia más brillante desde un punto de vista anecdótico. Tiene también su trascendencia moral. ¿Puede detenerse al primer ministro de un país que acude a una conferencia internacional? La respuesta, «sin duda», es «No». Pero hay que considerar otras «operaciones» de nuestro tiempo. Por ejemplo, el rapto de Ben Bella y sus compañeros cuando se dirigían de Marruecos a Túnez en un avión marroquí, aprovechando que los tripulantes eran franceses, prestado a Marruecos a título de «ayuda técnica». O el rapto de Eichman en la República Argentina, juzgado después, condenado y ejecutado en Israel. O los varios raptos de agentes de la OAS cometidos en Alemania por agentes secretos franceses. Independientemente del diferente color político de cada uno de esos grandes sucesos puede decirse que estamos asistiendo a una relajación de las antiguas costumbres morales. El caso de Chombé no queda sin duda disculpado por estos antecedentes, pero el hecho de que este hombre haya convertido la política en una gran aventura de «duros», su insistencia en llegar a El Cairo después de haber sido rechazado una vez, la comedia de su «residencia forzada» y hasta los honores que le han tributado a la salida hacen que el justo calificativo de este asunto sea el de «tragicomedia», pero sin concederle mayor importancia.

Por EDUARDO HARO TECLEN